

EL HOMBRE, EL DINERO Y LAS COSAS

ALGUNOS PRINCIPIOS DE UNA ECONOMÍA DEL AMOR

Complementando el capítulo de "Dinero y Evangelio", en las Convivencias de 1987, se propusieron algunos principios de una Economía del Amor. Ellos sirvieron como parte de la espiritualidad y del desarrollo de la Rama Civilizadora del Mundo Nuevo del Movimiento.

Si hablamos de una Civilización del Amor en serio, debemos buscar descubrir y formular los principios y actitudes de una Economía de los bienes materiales. De allí se siguen otras posibilidades humanas, culturales, sociales y hasta espirituales para el hombre.

Rápidamente podemos enumerar algunos principios que deberían ser completados por el desarrollo del Movimiento como Civilización de Dios:

1- La posibilidad de una Civilización del Pueblo de Dios surge de la *Evangelización integral*, de la fe vivida como opción integral de vida y de una concepción no convencional de Dios, el cristianismo y la Iglesia.

2- La evangelización, y consiguientemente, el Plan de Dios para el hombre, incluye la *Civilización como vertiente temporal del Anuncio* de la Palabra de Dios.

3- La base de una Civilización generadora de una Economía Nueva son las *Comunidades de Salvación* que se originan en la conversión del hombre a Jesús y su Evangelio y se mueven bajo la inspiración del Espíritu Santo.

4- Esta Civilización puede desarrollarse desde un *laicado* pastoralmente organizado como Pueblo de Dios en Comunidades de vida y de trabajo (expresión de la Comunidad de Salvación) bajo la acción del Espíritu Santo y el *Señorío de Cristo*.

5- La opción por el Evangelio es opción laical por la *pobreza* que evita superfluidades, no genera miseria y desarrolla una economía del amor mutuo (2 Cor. 8, 13-15).

6- Esa economía lleva el sello del *compartir*. Compartir es promover el desarrollo *temporal* del Reino. Es la contestación de la fe evangélica e integral a las economías liberal-capitalista y social-marxista.

7- El mandamiento de Jesús es la ley y el espíritu del Pueblo de Dios. Ese mandamiento del amor mutuo aplicado a la Economía podría formularse así: *amar al prójimo es compartir los bienes*.

8- El cristiano que es discípulo de Jesús, *evangeliza sus bienes. Como tal tiene conciencia del valor y uso personal, fraterno y pastoral de los mismos. Se sabe administrador y no dueño de la Creación, la vida y sus bienes*.

9- El dinero es un medio económico para la vida del hombre. Y si no se lo administra evangélicamente, se lo sirve. Entonces se transforma en fin práctico, señor del hombre y sepultura de las relaciones fraternas. La economía es un modo de vincularse entre los hombres.

10- Desde la Cruz de Jesús, el dinero tiene un *sentido misional*. El dinero no es para acumular y enriquecerse cayendo en

la superfluidad y generando miseria. Es para cubrir las necesidades personales y generar realidades pastorales y civilizadas propias del Evangelio.

Si yo no devuelvo al Pueblo de Dios y a la sociedad *lo que tengo de más*, aunque no se note, me hago opresor económico y creador o corresponsable de la miseria que hay en el mundo.

11- Es propio del cristiano, no el ganar menos, sino el *ganar más para distribuir* lo que yo no necesito. Esta distribución, propia del compartir que Dios quiere y yo elijo, posibilita la Presencia Social de Jesús en la Civilización del Pueblo de Dios, en medio del Mundo Viejo liberal y materialista.

12- A una Civilización Nueva y a los beneficios de la Economía del Compartir no se *ingresa* por conveniencias naturales, meramente humanas o materiales, sino por la conversión integral del corazón y el ingreso a una Comunidad de Salvación. No hay que convencionalizar el compartir sino respetarlo como compromiso.

13- "Dios ama al que da con alegría" (2 Cor. 9, 7), "Como muestra de generosidad y no de mezquindad" (Ib. 9, 5). "*Este servicio sagrado* (del compartir) no sólo satisface las necesidades de los hermanos sino que también es una fuente abundante de acciones de gracias a Dios" (Ib. 9, 12)

DINERO Y EVANGELIO

Las convivencias de 1987 resultaron un proceso de maduración en el proceso comunitario del Movimiento. A un año del suceso publicamos una serie de pensamientos que miran a la evangelización de los bienes para una Civilización del Amor, dados en dichas Convivencias.

“Nada es nuestro porque todas las cosas son de Dios al que pertenecemos también nosotros”. (Tertuliano)

- El pecado no está en el dinero sino en el uso que hacen de él los hombres: “La codicia es la raíz de todos los males” (1 Tim. 6, 10). La codicia es el egoísmo convertido en bienes; es la seguridad y el valer puesto en lo que se tiene y no en lo que se es y en lo que se cree. La codicia tiene como fundamento un engaño: que el hombre es el dueño de la Creación y puede hacer con ella lo que desea y no lo que quiere Dios.

- Frente al principio de vender todos los bienes que había en Jerusalén -dice Mons. Giaquinta- parece que Pablo prefería que los cristianos trabajaran para poseer lo suficiente o necesario. Esto permitía compartir; aquello, llevaba a la indigencia (cf. Ef. 4, 28; 2 Cor. 9, 8; 1 Tes. 4, 11-12; 2 Tes. 3, 6-12; 1 Cor. 9, 4-23; 2 Cor. 11, 7-11; Hch. 20, 34-35; 18, 1-4).

- “No recibiste riquezas para que las guardes sino para que las distribuyas. Si Dios hubiera querido guardarlas no las hubiera dado a los hombres, sino que las hubiera ocultado. Pero como quiere que se difundan, por eso permitió que las poseyéramos para que nos las comuniquemos mutuamente” (San Juan Crisóstomo).

- “Los bienes nos han sido encomendados más para *distribuirlos* que para poseerlos” (San León Magno). La distribución santifica las riquezas; la retención lucrativa las hace pecaminosas.

- En relación a la Creación y los bienes, la relación del hombre con Dios es la de ser *administrador* de las cosas que posee. El cristiano no sólo es poseedor de cosas o de bienes naturales y materiales, sino especialmente, de valores humanos y espirituales y de responsabilidades sobrenaturales aún en el orden de la historia y las cosas temporales.

- El principio que gobierna la administración de los bienes es el *amor mutuo*. El dinero, tocado por la caridad, es fuente de bienestar personal, de alianza con el prójimo y de beneficio social.

- El compartir des-absolutiza las riquezas. Decía San Zenón, Obispo de Verona: “¿No entiendes que quien, con tantas riquezas como podría emplear en su ayuda,

no socorre al pobre que muere de miseria, parece ser el último causante de su muerte? ¡Cuántas almas asesinadas cuelgan de los collares de las matronas enjoradas! Si vendieras una sola de tus joyas, distribuido su precio entre los pobres, conocerías por las necesidades remediadas cuántos sufrimientos valen tus adornos!" (De Justicia III, 6).

- Y Clemente de Alejandría afirmaba: "Dios nos ha dado la capacidad del uso de los bienes pero sólo hasta *lo necesario*, y quiso, por otra parte, que el uso fuera común. Así pues, aquel dicho "tengo y me sobra, ¿por qué no he de gozar?", no es humano ni propio de la comunión de los bienes. Más propio de la caridad es decir: "Tengo, ¿por qué no he de dar parte a los necesitados?" El que así siente es perfecto" (Pedagogo 2, 3).

- El que no reconoce a Dios como Señor del dinero y de su bolsillo, hace al dinero su dios y vive corriendo tras él como un tonto. Si viene la bancarrota, se derrumba la vida; si viene la muerte, el dinero conseguido lo condena.

- El espíritu del Nuevo Testamento es la *magnanimidad* y no el diezmo. El descubrirse socio de Dios para realizar el plan de una Civilización Nueva en el compartir, la pobreza y la alabanza comunitaria bajo la acción del Espíritu Santo.

- El diezmo y las ofrendas, manifiestan cuál es nuestra fe desde la relación económica o administrativa con Dios. "Con Cristo sólo la forma ha cambiado. Por esta razón los judíos consagraron a Dios los diezmos de sus posesiones, mientras nosotros los cristianos, consagramos al Señor todas nuestras posesiones, generosa y gozosa mente; no las posesiones de nuestra propiedad de menos valor, puesto que tenemos la esperanza de cosas mejores" (San Irineo).

- Si somos económicamente fieles, Dios nos da todo lo necesario para realizar una civilización del amor: civilización del trabajo que realiza, de la pobreza que libera, del compartir que fraternaliza, alegre y santifica.

SAN JOSÉ DEL MUNDO NUEVO

En ocasión de la fiesta del Trabajo, el primero de mayo, en el Movimiento hablamos de San José del Mundo Nuevo. Esto pone a San José en referencia a la Rama del Mundo Nuevo, en nuestra Comunidad Pastoral.

Podríamos decir que San José patrocina de una manera especial el desarrollo de una Civilización del Evangelio. Es más, se presenta como imagen y prototipo de

un *trabajador del Mundo Nuevo*, desde su oficio de carpintero en Nazaret.

Por eso hoy quisiéramos conocer y profundizar en el conocimiento de José de Nazaret, ese hombre sencillo, humilde y fuerte cuya fe "merece parangonarse con la fe de Abraham" (Juan Pablo II) (1). Y a la luz de él, ver nuestro proyecto laboral, la Rama del Mundo Nuevo en la Obra y la proyección de una Civilización del amor en la sociedad.

1. ¿Quién es José de Nazaret? Es el padre adoptivo de Jesús. José -desde su adhesión total e incondicional a Dios- no tiene temor de aceptar la constitución de una familia singular: su esposa será Virgen y su hijo será Hijo de Dios e hijo adoptivo suyo (Cf. Lc. 2, 48).

Esta singularidad de José lo pone también en relación con la Comunidad de su Hijo adoptivo: la Iglesia. Sabemos que ella entra en el misterio de Cristo como Cuerpo suyo que se desarrolla a través de toda la historia en consonancia mística con Jesús como Cabeza suya. La Iglesia se siente en particular vinculación con la persona de José. "Toda la Iglesia demuestra a José su particular confianza" (Juan Pablo II). Y por eso lo celebra, el 19 de marzo como su Patrono Universal. Este es un modo de decir que la Iglesia, como Cuerpo Místico de Jesús, siente a San José como su padre adoptivo en la historia y que como tal, José cuida de la Iglesia.

2. La personalidad de José es la de un *laico*. Descendiente de la tribu de Judá y de la familia de David, pertenece a ese resto del Pueblo de Israel que espera en fidelidad de espíritu las promesas mesiánicas de Dios (Cf. Rom. 11, 5). Es "un justo" que vive de la fe (Cf. Rom. 1, 17).

Como laico vive en el mundo con su historia. Como creyente descubre la trascendencia de la historia en los "signos de los tiempos". Así concurre al empadronamiento de Belén dando ocasión a que su Hijo adoptivo nazca en la ciudad de David (Lc. 2, 6-7).

Vive la tensión que despierta en medios oficiales los comentarios proféticos acerca de su hijo (Cf. Mt. 2, 1-2). Sufre la persecución y para salvar la vida de Jesús se destierra a Egipto donde vive pobremente como extranjero en un país extraño a sus tradiciones civiles y religiosas. Con María y Jesús constituyen el Misterio de Dios presente entre los hombres e ignorado por los hombres (Cf. Mt. 2, 13-15. 19-23).

José aprendió en la práctica lo que es "estar en el mundo sin ser del mundo". Y tuvo como lugar de pertenencia el amor a Dios y la confianza en sus promesas. ¡Cuántas cosas puede enseñarnos José a nosotros hombres y cristianos del S.XX pertenecientes al Siglo del ateísmo!

3. Tres cosas podemos destacar de la vida de San José como laico del Pueblo de Dios.

1) Posee una rica interioridad. La tradición religiosa de su pueblo es viva, fuerte y práctica en él. Se sabe descendiente de David y esperanza humana para el cumplimiento de la promesa mesiánica (Cf. Lc. 1, 27. 32-33).

Nacido Jesús, "llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor", someterlo al rito de la circuncisión y ponerle el nombre de Jesús. De este modo cumplía con la ley de Moisés, según la cual todo varón primogénito es consagrado al Señor. El rito se completaba con el ofrecimiento, en sacrificio, de un par de tórtolas o de pichones de palomas (Cf. Lc. 2, 21-24).

Desde Nazaret donde "el niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría", todos los años subían a Jerusalén para celebrar, en el Templo, la fiesta de la pascua (Cf. Lc. 2, 40-41). Con María llevaban consigo al Cordero de Dios, la Ofrenda definitiva que se ofrecería un día en la Cruz, por los pecados del mundo y la Alianza con su Padre.

La actitud de José no era un mero sentimiento religioso. Era un hombre justo, piadoso y de diálogo familiar con Dios. Por eso no le extraña que Dios se comunique con él en sueños para revelararle la situación de su prometida en espera de un hijo (Cf. Mt. 1, 18-21) o la necesidad de abandonar el país para salvar la vida de Jesús (Mt. 2, 13-15).

José, como Abraham, es un hombre de fe en las promesas de Dios de diálogo interior con él y de fiel obediencia exterior a Su voluntad.

2) El segundo rasgo de la vida de José es su vida de familia. En él se cumplieron las promesas mesiánicas al tomar a María por esposa. Con ella y con Jesús llevaron una vida pobre y sencilla, común y llena de Dios en Nazaret. José era capaz de grandes decisiones: aceptar a su esposa embarazada, trasladarse en ese estado a Belén, salir del país y vivir desterrado sin amargura. Por lo mismo era hombre de gran fortaleza moral y capacidad de sacrificio. Lo podemos imaginar como un hombre honesto y sufrido creyente y cariñoso en su familia.

3) El tercer rasgo de José es ser *un trabajador*. Supo ganar el pan con el sudor de su frente para él y su familia. José nos enseña que el trabajo no es un obstáculo para la vida de santidad. El obstáculo puede estar en el modo cómo se trabaja. Por eso podría preguntarnos desde su experiencia laboral: ¿le das interioridad a tu trabajo desde la fe, el servicio y el amor?, o ¿dejas que el trabajo te lleve a una exterioridad superficial, agitada y muchas veces enojosa?

El trabajo caracterizaba la vida de San José. Jesús era conocido como "el hijo del carpintero" (Mc. 6, 3; Lc. 4, 22). De José, Je-

sús recibió humanamente una imagen paterna de trabajo y honestidad; de confianza sobrenatural en la pobreza familiar cuya riqueza era la humildad, el amor mutuo, la religiosidad espontánea y la caridad con el necesitado (Cf. Lc. 10, 21).

4. San José del Mundo Nuevo. Podemos imaginar que cuando Jesús veía trabajar a su padre adoptivo, podía mirar en él, las manos creadoras de su Padre eterno. En José, Jesús descubría al hombre asociado con su Padre-Dios en la transformación de la tierra y de las cosas para servicio y beneficio de los demás.

José es un precursor de la Civilización del Mundo Nuevo. Por su santidad de vida, por la laicidad (familia, trabajo), por el estilo temporal de vida que desarrolla abierto a la trascendencia de la Palabra de Dios.

En el cuidado de Jesús y en el estar asociado a él, pone el germen de la Civilización del Amor preanunciada en el Exodo de Israel y la Conquista de la Tierra Prometida, cumplida en la Pascua de Jesús y ofrecida en nuestros días para que la desarrollemos en medio del mundo.

El padre adoptivo de Jesús y de la Iglesia universal es también el que patrocina y adopta una Civilización del Evangelio para el Pueblo de Dios en el Mundo. "El hombre al que Dios mismo dio tanta confianza -dice Juan Pablo II- merece también una gran confianza por parte de los hombres."

Por eso, para nosotros, José de Nazaret

es *San José del Mundo Nuevo*. Ponemos en sus manos, junto a las de María y Jesús, nuestros trabajos y profesiones, nuestras Obras y Comunidades de trabajo. Que su intercesión apure los tiempos del derramamiento del Espíritu sobre el mundo del trabajo y pueda aflorar así, una verdadera Civilización del Amor en el Pueblo de Dios y sobre toda la tierra. (2)

(1) Homilía del 19/3/88. Cf. L'Osserv. Rom. 27/3/88, pág.17

(2) Charla tenida en la Jornada laboral del Mundo Nuevo el 8 de mayo de 1988 con la presencia de 110 profesionales y trabajadores del Movimiento.

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:

[Poniendo en común](#)